

ROBERT WALSER

BERLÍN Y EL ARTISTA



Siruela

ROBERT WALSER

BERLÍN Y EL ARTISTA

Selección de
Thomas Hirschhorn y Reto Sorg

Prólogo de
Thomas Hirschhorn

Traducción del alemán
de Isabel García Adánez

The logo for Siruela, featuring a stylized 'S' inside a square followed by the word 'iruela'.

Libros del Tiempo

Índice

Cubierta
Portadilla
Prólogo del editor
Berlín y el artista
El Greifensee
Un pintor
¿Qué es el talento escénico?
El teatro, un sueño
¿Conoce usted a Meier?
Velada en el teatro
Buenos días, gigante
Kleist en Thun
Kutsch
El escritor (I)
Guillermo Tell en prosa
El escritor (II)
Fabuloso
Aschinger
La batalla de Sempach
El Paraíso Alpino
En el tranvía
Friedrichstraße
Berlín y el artista
La mujer del dramaturgo
Pantalones
En lo que me he convertido
Sobre La arlesiana de Van Gogh
La historia de Helbling
Carta de un poeta a un caballero
De taberna en taberna
Obrita de cámara
Discurso a un botón

Wurzburgo

Nervios

Vida de poeta

Büren

El secretario

Basta

La salchicha

La última pieza en prosa

Los poemas

Friburgo

La velada de lectura

Fidelio

La conquista de París

Volví al teatro después

Walser sobre Walser

Página de diario

La extraña muchacha

El mono

La novela de Keller

La bella y su fiel amante

Una bofetada y más cosas

Kurt

Vladimir

En este ante todo discreto, delgado y pequeño memorándum, como quien dice...

¿Poetas no reconocidos entre nosotros?

Hubo un día una especie de personalidad

Tendrían que retumbar como serpientes

La perdiz mareada

Minotauro

Por lo que yo sé, hubo una vez un poeta que resultó ser un acompañante de mujeres extraordinariamente

Sin muchas vacilaciones llamaré Olivio

El ligero respeto

Érase una vez un guasón que escribía cosas alegres para personas serias

Una especie de relato
Para el gato
Mis afanes
Notas
Créditos

PRÓLOGO DEL EDITOR

Por qué me encanta Robert Walser, sus libros y sus textos

Cada texto, cada libro, cada uno de los libros de Robert Walser, me parece necesario, hasta el texto más breve, el libro más delgado. Porque cada uno de sus libros, cada uno de sus textos, cuenta. Todos los libros y todos los textos son igual de importantes. Importante quiere decir, para mí, significativo. No hay texto ni libro que no sea «significativo» o «relevante», porque también los «libros malos» son significativos; eso es válido para todos los libros. No es una cuestión de relevancia, nunca es una cuestión de relevancia. Es cuestión de que los textos de Robert Walser que he seleccionado son imprescindibles. Son imprescindibles «Vladimir», «Mis afanes» y también «Berlín y el artista». Todos los textos que comprende esta antología son imprescindibles, y en todos ellos se hace valer un significado propio más allá de lo significativo.

Estos textos son reivindicaciones de un sentido propio. Lo esencial es que son afirmaciones y que insisten en esa su condición de afirmaciones, de tesis, frente a un significado en el sentido más estrecho del término. Es esencial elevar estos textos por encima de su mero «contenido», defenderlos por encima de su contenido. Se trata de leer el texto «Una bofetada y más cosas» por encima de su contenido. No para alejarlo de ese contenido, sino para demostrar que esa reivindicación de un sentido propio que representan los textos de Walser va más allá del «puro elemento de contenido». Es esencial comprender que estos textos traicionarían su propio contenido si insistieran en algo distinto de su contenido.

Si me encantan los textos y los libros de Robert Walser no es por su contenido. Me encantan como muestras de resistencia, como muestras de exigencia absoluta, pues son exigentes hasta el punto de que exigen demasiado. En el breve «Walser sobre Walser» se hace patente, y Robert Walser se resiste a que le apliquen la bienintencionada etiqueta de

«escritor». Se rebela cuando alguien —algún supuesto entendido— se dirige a él como «el escritor». Se rebela —preciso y cruel, cruel consigo mismo— mencionando sus novelas *El ayudante* y *Los hermanos Tanner*, porque sabe muy bien lo que es pagar el precio del «escritoraje»¹. Robert Walser fue el primero que pagó ese precio, el precio de hacer su trabajo: ser escritor. Así pues, los años que pasó en Herisau, esos años de «no-querer-escribir-más», de «silencio» de Robert Walser, de 1933 a 1956, siempre me han parecido un gesto artístico absoluto, una postura artística radical, rotunda. Nunca se alcanza a apreciar el valor de su silencio.

En «Carta de un poeta a un caballero», Robert Walser escribe que él —o el pobre poeta joven— es alguien a quien no merece la pena conocer. Lo que podría entenderse como modestia, servilismo o falta de confianza en sí mismo, o falsa modestia, falso servilismo o fingida falta de confianza —y ahí radican esa volatilidad, y al mismo tiempo esa fuerza, que se lleva todo por delante de la escritura de Robert Walser—, no hace sino enfatizar la postura radical del artista y del autor.

Lo determina él: lo único esencial es el texto, únicamente el texto de Robert Walser; no importa nada la persona, la persona de Robert Walser, la persona que ha escrito ese texto. Así lo pone de manifiesto: nunca se trata de la persona, nunca se trata de él, nunca se trata de «lo personal». Ahora bien, juega con eso, claro, primero haciendo alarde de ello y luego pidiendo disculpas. Jugando con fuego, quemándose él mismo, Robert Walser desprecia «lo personal».

En «Obrita de cámara», Walser se disecciona a sí mismo con precisión de cirujano a través de la imagen de un paraguas viejo que cuelga de un clavo igual de viejo. Describe con precisión «cómo lo débil en su debilidad sujeta otra cosa endeble», e insiste —con su infalible «sentido de lo débil»— en cómo ahí se abre un abismo sin fondo y cómo ese abismo se nos ofrece a los lectores para que dejemos que nos engulla también. Con el mismo gusto con el que se deja engullir por el abismo el autor, que, al mismo tiempo, así se libera.

Justo así me lo demuestra: Robert Walser era libre, era libre con lo que le era propio. Ser libre con lo que es propio de uno significa: partir única y exclusivamente de eso, significa «dar forma» a partir de lo propio y de nada más. Lo «propio» con que trabajaba Robert Walser no

tiene, en sí mismo, forma alguna. Tampoco la necesita, puesto que la forma no surge hasta el momento en que se dirige a los demás, en que se vuelve hacia el exterior... Eso es lo que hace Robert Walser.

Siempre me ha llamado la atención, una y otra vez, que a muchos les gustaría quedarse a Robert Walser para ellos solos. Es un autor que consigue que lo adoren de una manera particular, egoísta, egocéntrica, posesiva total, con exclusividad total. Muchos piensan —y no soy yo ahí ninguna excepción— que solo ellos entienden «bien», conocen «bien», honran «bien» o aman «bien», «de verdad», a Robert Walser. Esta exclusividad no la alcanzan más que los verdaderamente grandes. Sin embargo, no se trata de fomentar esta exclusividad, como tampoco de suavizarla o de eliminarla, sino de abrirle pequeños huecos y rendijas para hacerla más permeable, más accesible, para encontrar formas de acceder a la obra, incontables formas de acceso.

Robert Walser se perdió a sí mismo, para mí se perdió; es el escritor de la pérdida existencial y de la inseguridad existencial. Se perdió para sí mismo —y para nosotros— en su camino. Robert Walser abrió el camino a lo precario, lo inseguro, lo incierto, lo inestable, lo frágil, lo voluble; trazó un sendero para todo eso a fuerza de frecuentarlo.

Lo que muestra ese camino es el lenguaje de Robert Walser, un lenguaje poroso, sin rumbo, lleno de arabescos, un camino que no conduce a ninguna parte. Su lenguaje se desmigaja, se desvanece, se evapora, como las huellas de pies mojados sobre un suelo de piedra caliente. Es un lenguaje de la autodisolución que me permite tener una vivencia de esta, pero sin necesidad de disolverme yo también. Fue Robert Walser quien pagó ese precio por los demás.

En su radicalismo y su disposición a pagar el precio de su trabajo, es un ejemplo para cualquier artista, cualquier filósofo, cualquier escritor. En la «Carta de un poeta a un caballero» escribe: «Estoy con los pies en la tierra (esa es mi posición)». Con ello me da la clave para adoptar una posición en este mundo complejo, hipercomplejo, si cabe, mi propia posición personal, para encontrarla y saber defenderla. Estoy con los pies en el mundo, y, a izquierda y derecha, detrás y delante, el mundo se curva hacia el abismo; sin embargo, yo estoy ahí, de pie, con los pies encima del mundo.

Robert Walser ilumina lo pequeño, lo desatendido, lo que no parece

serio ni aparente. Ilumina lo que está en la sombra, y, por ello, para mí es como si sostuviera una linterna en la oscuridad. He aprendido de él que hay que considerar importante todo, porque todo es importante. He aprendido que todo puede ser importante y que todo puede volverse importante, y he aprendido que no hay nada insignificante. Robert Walser tiene un texto titulado «Cuando los débiles se creen fuertes». No solo escribió esa frase, sino que la experimentó, la dejó anotada para mí, para nosotros. La experimentó de manera rebelde y con regocijo...; sin duda, como una forma de resistencia en el fracaso y, sin duda, rebelándose también contra el éxito.

Robert Walser, para mí, plantea las preguntas: ¿Qué es éxito? ¿Qué es fracaso? ¿Estoy dispuesto a hacer un trabajo por encima de los conceptos de «éxito» y «fracaso»? Hemos de reconocer que no tener éxito no es sinónimo de ser una «víctima»; fracasar puede ser un acto heroico. Robert Walser es un héroe.

Quiero ver a Robert Walser como un héroe, pero no quiero guardármelo para mí solo, y a eso se debe el que me propusiera realizar esta selección de textos en colaboración con Reto Sorg, esta antología que, rescatando una palabra aún más bonita, podemos llamar «florilegio».

Thomas Hirschhorn

BERLÍN Y EL ARTISTA

EL GREIFENSEE²

Hace una mañana fresquita y me echo a caminar desde la gran ciudad, con su famoso gran lago, en dirección a ese otro lago pequeño y casi desconocido. Por el camino no me encuentro más que con lo poco que puede encontrarse una persona corriente por un camino corriente. Les doy los buenos días a unos cuantos segadores afanosos, y eso es todo; contemplo con atención las lindas flores y, de nuevo, eso es todo; empiezo a charlar conmigo mismo tranquilamente y, una vez más, eso es todo. No me fijo en ninguna particularidad paisajística, pues voy caminando y pienso que esto ya no tiene nada de particular para mí. Y ahí voy caminando y, según camino, ya he dejado atrás el primer pueblo, con sus grandes casas anchas, con sus jardines que invitan al descanso y al olvido, con sus fuentes que chapotean, con sus bellos árboles, granjas y tabernas y otras cosas de las que en este momento olvidadizo ya no me acuerdo. Sigo caminando y lo primero a lo que vuelvo a prestarle atención es a cómo resplandece el lago a través de un manto de hojas verdes y las silenciosas copas de los abetos; pienso: ese es mi lago, al que tengo que ir, hacia el que me siento atraído. De qué manera me atrae y por qué me atrae ya lo sabrá el propio lector amigo, si es que tiene interés en seguir con mi descripción, descripción que se permitirá ir saltando por caminos, prados, bosque, arroyo y campo hasta llegar al pequeño lago mismo, donde se detendrá conmigo y no alcanzará a maravillarse lo suficiente ante su belleza inesperada, tan solo sospechada en secreto. Dejemos, con todo, que sea esa belleza la que, con la típica exaltación, hable por sí misma: es un silencio blanco, vasto, delimitado una y otra vez por silencio verde y lleno de aire; es lago y es bosque que lo rodea; es cielo, y además un cielo tan azul claro, medio cubierto; es agua, y además un agua tan similar al cielo que solo puede ser el cielo, mientras que lo otro solo puede ser agua azul; es dulce silencio y amanecer azul cálido; un bello bello amanecer. No me salen las palabras, aunque me siento como si ya estuviera poniendo palabras

de más. No sé de qué hablar de tan bello como es todo; todo está ahí sin más, por pura belleza. El sol ardiente cae del cielo en el lago, y este se vuelve todo entero un sol donde se mecen en silencio las sombras somnolientas de la vida que lo rodea. No hay perturbación alguna; adorable, todo está en la cercanía más perfilada, en la lejanía más indefinida; todos los colores de ese mundo interactúan y son un mundo de amanecer encantado y encantador. Con suma modestia asoman a lo lejos las altas montañas de Appenzell, no suponen ninguna fría disonancia, no, únicamente parecen algo verde, alto, lejano y borroso que forma parte del verde, tan maravilloso y suave en todo el entorno. ¡Oh, qué delicado, qué silencioso, qué intacto ha de ser todo ese entorno, cuando hace que el pequeño lago casi anónimo se vuelva él mismo tan silencioso, tan delicado, tan intacto!

Esta es la forma en que habla la descripción, de verdad: una descripción entusiasta, entregada. ¿Y qué más debo decir? Si tuviera que volver a empezar, debería hablar igual que ella, pues es lo que se corresponde por completo con la descripción de mi corazón. En todo el lago no veo más que un pato, nadando de un lado a otro. Me apresuro a quitarme la ropa para hacer lo mismo que el pato; me adentro nadando contentísimo, hasta que a mi pecho le cuesta respirar y se me cansan los brazos y se me quedan rígidas las piernas. ¡Qué placer, machacarse el cuerpo de puro contento! El cielo que acabo de describir, y lo he descrito con demasiado poco cariño, se extiende por encima de mí, y por debajo de mí se extiende una profundidad dulce, silenciosa; y, con el pecho oprimido, atemorizado, me esfuerzo por atravesar la profundidad para volver a llegar a la orilla, donde tiemblo y río y no puedo, casi no puedo, respirar. El antiguo castillo de Greifensee me saluda desde el otro lado, pero lo que me importa ahora no es en absoluto el recuerdo histórico, sino que más bien siento la ilusión de cómo será una noche que pasaré aquí, en este mismo lugar, y me pongo a imaginar cómo se verá el pequeño lago cuando la última luz del día se deslice sobre su superficie, o cómo será esto cuando floten incontables estrellas en las alturas... y vuelvo a echarme a nadar.

UN PINTOR³

Estas páginas del cuaderno de un pintor no han llegado a mis manos lo que se dice por casualidad. A mí no me parecen tan insignificantes como para no crearme autorizado a publicarlas. Con respecto a las ideas sobre el arte que en ellas se exponen cabe discrepar, por supuesto. Pero lo más importante no es eso, sino lo otro: lo que se lee entre líneas, lo puramente humano que contienen estos apuntes; eso es lo que me pareció significativo y en verdad digno de ser leído.

Esto aspira a convertirse en una especie de diario o de cuaderno de anotaciones. Las hojas las quemaré cuando termine de escribir. Si por casualidad hubieran de conservarse, espero que nada más caigan en las manos de un escritor curioso y con don de palabra; aunque ¿a mí qué? El mundo me es indiferente, igual que las personas, igual que este puñado de notas. Escribo por diversión, así, mientras descanso de pintar, como un ladrón, como un pícaro nato; siempre me ha gustado hacer pequeñas travesuras. ¡Y, para travesuras tontas e insignificantes, estas anotaciones! En ellas deposito algo de mi visión del arte, algo de mi alma, como quien las deposita en un modesto altarcito, podría decir. ¿Por qué no? Además, escribir constituye un divertimento alternativo para la mano del pintor, ¿por qué no iba a darle yo ese gusto a mi mano? Ya llevo semanas en esta villa, en medio de las montañas, entre abetos, entre las encantadoras rocas solitarias. El día entero, casi la semana entera, tenemos niebla. Aquí la niebla no termina de irse nunca, solo cuando hace buen tiempo de verdad. Me encanta la niebla, como también me encanta todo lo que es húmedo, frío e incoloro. Nunca he tenido motivo para anhelar más colores, pues desde siempre, desde mi más temprana juventud, he visto color donde apenas había alguno. Así pues, jamás he comprendido esa necesidad imperiosa del artista de marchar a países meridionales, soleados, coloridos. El gris siempre me ha parecido uno de los colores más preciosos, más distinguidos, más

dulces, y en estas montañas reina, para entusiasmo mío, en todas partes. Incluso el verde de aquí parece gris: ¡los abetos! Lo que adoro esos abetos sagrados es indecible. ¡Y luego la niebla! A menudo deambulo sin rumbo tan solo por competir con la niebla que anda flotando por ahí. Sube, cae, se extiende, se cuela por algún sitio, se va de golpe, toda para otro lado; es maravilloso. ¡Como serpientes blancas! Claro que algo así nunca puede decirlo un poeta, solo puede decirlo un pintor. Yo no podría ser poeta, porque amo la naturaleza de un modo demasiado visceral, y solo la amo a ella. Un poeta, en cambio, tiene que dar cuenta principalmente del mundo y de los seres humanos. En la descripción de la naturaleza siempre quedará por detrás del pintor, no puede ser de otra manera. El pincel siempre se llevará por delante hasta la composición de palabras más lograda, y está bien que sea así. Cada arte debería tener y tiene sus límites, para que así ninguno engulla a otro. En estas páginas, hablaré conmigo mismo sin tapujos, claro que no sé si, según estoy escribiendo, no me invade también cierto sentimiento de responsabilidad sobre aquello que escribo. ¿Es cosa de la propia escritura o es algo que me pasa a mí? Bueno, ya me las ingeniaré para averiguarlo. ¡Si es que a cada cosa le corresponde un sentido especial, y luego cada uno de los sentidos tiene sus condiciones! Hay que reconocer que es curioso.

La villa donde me alojo aquí no es de mi propiedad, claro. No, le pertenece a una condesa, una mujer hartamente encantadora y distinguida a la que conocí en la capital. Ella también adora el silencio, la soledad de los valles aislados, el aire de las montañas, el alma de los abetos y de la niebla. Ella vive aquí y yo casi me siento como su prisionero. ¡Una sensación fantástica, extrañamente estimulante! Yo era pobre y mísero cuando la conocí, o cuando ella me conoció a mí. Enseguida supo apreciar al artista que mora en mi interior, me animó a abandonar la ciudad, a seguirla a las montañas, y yo lo hice sin pensármelo dos veces. Jamás me he arrepentido. Por otra parte, no me arrepiento nunca de nada, pues sé que de todas las cosas puede surgir algo especial, bello incluso. No anhele volver a la ciudad, ya he superado esos arrebatos. Donde me encuentre, crearé, y donde cree, allí me encontraré. Así pues,

donde más a gusto estaré es donde pueda pintar sin que nada me moleste. Los cuadros que pinto son todos ellos, sin excepción, propiedad de la condesa. A cambio me tiene la vida solucionada, ¡y qué calidad de vida! La educación, el buen gusto, el corazón de esta mujer son para mí la garantía de que la vida cerca de ella siempre será algo agradable. ¿Sería posible firmar ningún contrato mejor? Además, puedo marcharme cuando quiera. Nada me ata. Aunque aquí me ata todo: la naturaleza, la despreocupación, el arte, el sentimiento de hogar... ¿No tengo razón, por tanto, cuando afirmo que vivo como un prisionero de la condesa? ¿De la condesa? ¡Qué cosa más rara! Todo lo vinculo a ella: la región, las cimas de las montañas, el valle espumoso, los abetos..., todo, todo vive como en relación con ella, con su soberana. Todo es propiedad suya. O al menos es así como se lo figura mi cerebro. Tal vez soy yo el que lo siente así, como consecuencia de la bondad y del respeto y de la delicadeza con que acostumbra a tratarnos a mi maestría y a mí. La considero ligera y casi automáticamente como la soberana de mi vida, pues me resulta grato saberme protegido y apreciado. Con qué amabilidad se hizo cargo de mí, en tanto que yo vivía en la más profunda miseria y suciedad, en aquella metrópoli donde la libertad y la marginalidad a menudo van de la mano, donde las penas de muchos redundan en la refulgente dicha de unos pocos, donde el artista o se muere o prostituye su arte, y donde la nobleza y los sentimientos distinguidos acaban cayendo en la miseria, mientras que el desvergonzado y burdo vicio habita los palacios. No, respecto a la condesa: soy por entero suyo. Incluso lo seguiría siendo, aunque hiciera de mi disposición un uso mucho menos respetuoso, ¡y lo sería de mil amores! Pero ¡qué poco pide! Tiene el arte en tan alta estima que al artista solo es capaz de tratarlo con el máximo respeto. No tiene gesto para conmigo, por mínimo, discreto y desapercibido que sea, que no sea noble y bello. Claro que así solo puede ser una mujer. En serio, estoy convencido de que solo una mujer puede ser así.

La fama me es indiferente, pues sé muy bien cómo es la gente, y lo mucho que le gusta decir algo espantoso directamente seguido de algo bonito. La falta de criterio de la masa no es más que una versión más

amplia de la falta de criterio de la gente culta. En cuestiones de arte, en concreto, reina tanto aquí como allá una tremenda falta de criterio definido, cosa que tampoco es de extrañar a la vista de la falta de formación de nuestros artistas. Y, si ya nos parece atolondrado el público del arte, mayor tolondro aún suele ser el artista. Pero ¡a mí qué! No es tarea mía poner orden donde, por lo visto, nunca estarán en orden las cosas. Entre los entendidos en arte y los artistas hay excepciones gloriosas, pero suelen ser discretas y calladas, dan poco que hablar y, por lo tanto, se sobreentiende que no tienen la intención de ser influyentes. Saben muy bien del poco progreso y la mucha confusión nueva que trae consigo la influencia de algo. La fama, por consiguiente, es para mí algo secundario por completo. Sí que me gustaría ser famoso, pero entre gentes más nobles y de más envidia. La fama es cosa maravillosa, divina, pero su valor desaparece en la medida en que tan solo se proclama en lugar de difundirse con fundamento. Así que, ¡nada!, mi pintura ya no tiene nada que ver con el afán y el ansia de alcanzar fama y reconocimiento. Vivo sin preocupaciones, no necesito tener miedo del mañana... ¿De qué me serviría el reconocimiento? Si pinto para miles de personas o para una sola no afecta en absoluto a la cosa en sí. Pintar sigue siendo pintar; el que sea para muchos ojos o para uno solo en realidad es indiferente. Yo pinto sobre todo para mis ojos. Habría dejado de tener ojos hace mucho, si no me dejaran pintar. Son muy fuertes estas palabras, pero es que deseo expresarme con fuerza. La condesa disfruta cada vez más con mis cuadros. Pintar para el inmenso e intenso disfrute de una única persona es mucho más bonito que para el disfrute tibio, flácido y disperso de una masa. A ello se añade que la señora condesa en verdad es una refinadísima entendida en arte. Comprende y siente la entera función que tiene pintar. A menudo sigue los movimientos de mi pincel con una empatía, como si fuera en ello una vida humana. Ver terminado un cuadro nuevo llena su alma del gozo más infantil. Y sabe que yo solo doy por terminados aquellos cuadros que de verdad considero logrados y bien hechos. Bien está, pues, que se entregue a su regocijo. ¡Lo que la amo por esa sensibilidad! Solo las bellas personas hallan un gozo sincero en la belleza. ¿Son bellos mis cuadros? Sí, lo son. Puedo y debo decírmelo. Si no estuviera convencido de corazón, no querría seguir pintando ni un instante más.

Por cierto, soy consciente de esta modestia mía, susceptible hasta lo enfermizo. Eso me tranquiliza. Y, luego, que el noble sentido del arte de la condesa jamás se dejaría engañar por ningún producto cobarde y grosero. Se nota hacia dónde apunta mi deseo de alcanzar la fama.

¿Qué es lo que pinto? Nada más que retratos, recreaciones de la naturaleza y de personas, recreaciones minuciosamente precisas. No me gusta escribir con el pincel, inventar cosas, fantasear, contar historias. Va en contra de mi estilo, en contra de mi gusto. ¿Para qué tenemos poetas, si no? No, lo que me importa a mí es reproducir la naturaleza más exacta, reproducirla como la ve mi alma (y esa está en primer término en mis ojos), verla tal y como es. Y eso es muchísimo. También podrían llamarlo imaginar. Bueno, cierto es que yo también imagino en tanto que me esfuerzo en mirar: entonces, serán mis ojos los que imaginan. Y, sobre todo, una cosa: mi intelecto no tiene nada que ver con mi pintura, o repercute muy poco en ella. El raciocinio aplicado al arte está muy bien para estudiar, para aprender las reglas del arte: desde él trabaja el que se está formando. Pero eso lo saben otros igual de bien que yo. Podrían pensar que paso mucho tiempo al aire libre, en la naturaleza, con el cuaderno de bocetos en mano y todo. ¡Pues se equivocarían! Ya son raras las veces en que salgo a mirar la naturaleza, al menos a mirarla con ojos de pintor. Me harté de verla, casi me empaché. Puesto que la amo, evito el peligro de la mirada en la medida de lo posible. Esa mirada paralizaría directamente mis ganas de pintar. Lo que puedo y tengo que hacer es dejar que en mi memoria surja una segunda naturaleza, a ser posible semejante a la primera y única: una naturaleza para mis cuadros. En eso consiste lo que llamaba antes «fantasear» o imaginar. Esta acción de imaginar está, por supuesto, subordinada a la naturaleza, si es que no es la naturaleza misma. Dentro de mi cerebro tengo ya completa toda mi colección de cuadros presentes y futuros. Peñas, gargantas, valles, vistas de valles, lagos centelleantes, ríos, los remolinos de la niebla, las formas de los abetos, todo lo que he visto de la naturaleza en mi vida, lo que de forma tan intensa e inefable amo, todo eso brilla, hace espuma, se repliega y vuelve a expandirse en mi imaginación. Así que, que no se diga que los

retratistas no tienen imaginación. O imaginan de una manera mucho más viva, más fuerte e íntima que quienes pintan escenas, cuadros históricos o narrativos. Me opondría a dejar que mi fantasía realizara tareas distintas de las que sirven a ejercitar el pincel. Un pintor nunca logra estimar lo suficiente su labor. En mi opinión, lo esencial sí que es cuánto de reproducción exacta de la naturaleza, qué cantidad de naturaleza concentrada, contiene un cuadro. A los pintores que escriben con el pincel de manera brutal (lo que ellos suelen llamar «fantasear») todavía los puedo tolerar a mi lado con una sonrisa, pero no les tengo ninguna estima, porque no saben lo que es su arte. Lo esencial no es fantasear con respecto a lo exterior, sino tener imaginación en nuestro interior. Lo primero es fantasear de manera superficial y diletante con las formas; lo segundo, fantasear con el color, es fruto de sentir en lo más hondo.

Un pintor es una persona que sujeta un pincel en la mano. El pincel está cargado de color. El color lo ha elegido él a su gusto. La mano debe conducirla de tal manera que cumpla con destreza con las órdenes del ojo que ve y que siente. Con el pincel dibuja y pinta al mismo tiempo. Los pelitos de un pincel suelen hacer un trazo maravillosamente fino y preciso, pero más fina y precisa todavía es la escrupulosidad con la que trabajan los sentidos, todos los sentidos en conjunto, predispuestos, en tensión. Una persona de fiar, minuciosa, será mejor pintor todavía. Una forma de pensar noble y distinguida se refleja de maravilla en la conducción del pincel. El que es chapucero también pinta de forma chapucera. Podrán ser pintores geniales, pero nunca grandes pintores. Un pintor de temperamento humilde, juicioso, suele escoger sus colores con cuidadosa delicadeza, de acuerdo con un gusto muy pensado. No es de extrañar que sean las personas más corteses y amables, los franceses, quienes nos dan, o nos han dado, los pintores más importantes. De la impertinencia y el exceso jamás sale un cuadro. Ligereza, serenidad, reflexión, inteligencia y una formación refinada en grado sumo, todo eso se da en todo gran pintor. Ni pensando demasiado ni haciendo las cosas sin pensar: así es como surgen los buenos cuadros. Fidelidad a la naturaleza, fidelidad incluso a pesar de cierta rebeldía sonriente, y al

mismo tiempo: frialdad y admiración ante todo lo que impone una urgencia, y aquí me refiero al bote de pintura, la paleta sobre la que esperan los colores, dulces, eternos. Qué calma, qué silencio, qué discreción y, por eso mismo, qué naturaleza, la de los cuadros de la mayoría de los maestros antiguos. La naturaleza nunca aparece excitada, por más que esté llena de vida. Qué fríos parecen el sol, el suave movimiento de las hojas y las flores, las coronas de los árboles, la mirada de las rocas, el canto de los pájaros. En la naturaleza no hay calidez; es el ser humano, ese ser miedoso y siempre ansioso, quien se cree en la obligación de sentirla. ¡Con cuántas cosas supuestamente encantadoras nos engañan los poetas! Los poetas, en general, suelen tener bien poco conocimiento de la naturaleza, raro es que lleguen a conocerla o no la quieren conocer. Por definición son cabezotas estrechos de miras. La tarea del pintor implica realizar observaciones mucho más afinadas. Lo que en la naturaleza es indiferente, inmóvil, es lo que suele llevar al pintor al uso de colores más cálidos y ardientes. Aquí, lo debido es contenerse, lo debido es mostrarse frío ante la frialdad. Ahora bien, es posible mantenerse frío de todo corazón y a la vez trabajar con gran devoción y calidez, en la medida en que el arte lo permita. Los grandes pintores dominaban esto, no tuvieron más remedio que aprenderlo. En sus obras se percibe con claridad. Pintar es el arte más frío, es un arte de la mente, de la observación, de la reflexión, de los sentidos diseccionados con precisión absoluta. ¿Qué es el gusto sino percepción diseccionada, reflexión por partes? ¿Y con qué se pinta, si no es con el gusto? ¿No debería estar estrechamente vinculado el sentido de los colores con el sentido del olfato? ¿No debería un aroma determinado evocar la impresión de un color determinado?

La representación de un color de una belleza especial puedo disfrutarla como si se tratara de un plato delicioso o de una flor que huele como salida de un cuento. ¡Qué dulce disfrute tan particular! No lo hago, hasta donde me es posible; eso acabaría conmigo. ¿No están todos los sentidos vinculados entre sí a través de maravillosos canales? Al pintar como actividad en sí, lo único que tengo en mente y ante los ojos es terminar el cuadro. Y, para ser exactos, también vigilar la mano, que a

menudo se me quiere dormir. Dominar una mano no es nada fácil. Una mano suele encerrar una gran voluntad propia, y es mucho el nervio por doblegar. Marcándole lo que se quiere de ella de una manera enérgica, pero a la vez suave, no cuesta que la mano se vuelva dócil, flexible y obediente. Su rebeldía, entonces, se quiebra, como se quiebra cualquier miembro; la mano se pone a trabajar como un extraño siervo talentoso, y se refuerza y refina de día en día. El ojo es como un ave rapaz, ve hasta el más mínimo movimiento fuera de lo debido. La mano, por otro lado, también teme al ojo como su eterno torturador. Ni yo mismo sé cómo me siento cuando estoy pintando un cuadro. Alguien que está creando se encuentra por completo ausente, privado de sentimientos. Solo cuando me tomo algún descanso para contemplar lo creado me suele ocurrir que tiemblo de felicidad interior. Una satisfacción como no conozco igual me otorga una seguridad para continuar que casi me lleva a perder el sentido. Por eso descanso lo menos posible. Es peligroso, ¡mortal, si cabe! Durante el proceso de creación no tengo verdadera conciencia expresa de lo que estoy haciendo. Todo sucede bajo el dominio de una conciencia ajena que llega volando, como lanzada desde alguna parte, a adueñarse de mí. Por eso, un creador tampoco puede hablar realmente de felicidad durante el proceso de creación. Es solo después cuando alcanzo a sentir la suave y dulce resaca de tal estado de dicha y despreocupación. Dichoso no es lo mismo que feliz. El que está privado de sentimientos solo puede estar dichoso, como la naturaleza. Los que están desbordados por los sentimientos también es como si no los tuvieran.

Cómo pinto es algo que no sabría decir, puesto que lo hago en ese estado de enajenación. Cómo se debe pintar es algo que se puede llevar a efecto, pero que tampoco se puede decir. Cómo pinto ya lo muestro en los cuadros terminados, y cuadros sin terminar no salen de mis manos nunca. A menudo, en un borroso recuerdo, siento el regocijo que debió de producirme un color que me gusta en especial. Luego trato de encontrar la postura correspondiente, de escenificar de nuevo el trazo y el gesto en cuestión, pero, por lo general, no lo consigo. *A posteriori*, apenas soy capaz de figurarme cómo he hecho algo precioso y de gran efecto. En concreto, con los abetos suelen salirme cosas sorprendentes, cosas que luego me saltan dulcemente a la vista. Los

abetos los tengo muy grabados en la memoria, grabados en el alma. A menudo deseo (y el solo deseo ya es lo bastante enfermizo) ser capaz de pintar su olor. A pesar de que soy pintor, pintar se me antoja con frecuencia algo maravilloso, misterioso, inconcebible. Quizá se deba a que no conozco ninguna otra pasión.

Muchas veces, la condesa está presente mientras pinto. Yo no le presto la más mínima atención a su presencia, y ella tampoco lo exige en modo alguno. ¿Cómo puede ser que esta señora sepa comportarse de manera más firme y correcta incluso que algunos hombres extraordinarios? Se queda sentada en el sillón, con la bella e inteligente cabeza apoyada, sin decir nada, entregada a la observación de mi persona y mi trabajo. Tampoco cuando hago un descanso se atreve a pronunciar palabra, así de sensible es su pensamiento, así de respetuosa se muestra con un artista en su proceso creativo. Al parecer, mientras pinto, acostumbro de cuando en cuando a reír: con sorna cuando estoy enfadado con mis resultados, contento cuando tengo motivo. Ella nunca me ha hecho ningún comentario al respecto, solo una vez, ya después y muy de pasada. Tiene plena empatía conmigo, eso está claro, y gracias a esta empatía está siempre al corriente de todo, eso está más claro todavía. Su presencia, pues, solo puede tener sobre mí el efecto de un fondo velado, medio perceptible, medio inconsciente. Es agradable, porque no me perturba. Es como algo que solo está ahí a medias, como el sol suave, o como un fragante ramo de flores. Se siente uno liberado de muchos lastres, contento de volver a sentirse ligero. La condesa toma el arte tan en serio como yo, el artista que lo ejerce. ¡Es mi arte, el mío, el que toma tan educada y adorablemente en serio! ¡Cuánto bien me hace esta idea corriendo por mis venas! Cuando he terminado, casi es ella la que respira con alivio y más contenta que yo. ¡Qué delicioso debe de resultar algo así! Nos mostramos el uno al otro las excelencias y los puntos débiles de mi cuadro. Ella casi nunca encuentra más que cosas que alabar, bellas, deliciosas. Con las críticas es más cautelosa que con los elogios, una cualidad suya muy apropiada y maravillosa. Ella sabe que yo me critico a mí mismo sin piedad. Considera más adecuado y más bonito animarme con elogios que desanimarme con críticas. ¡Ay,

comprende a los que crean con honestidad! Al mismo tiempo, trata todo con tanta naturalidad, con tanta facilidad, tanta sabiduría, tanta medida... Le resulta ajena toda alharaca, y es que eso, en cuestiones de arte, solo es muestra de vanidad e inmadurez y siempre hace parecer necio y desagradable. Después salimos a pasear, al jardín o por los hermosos alrededores. Ella adora todo lo que adoro yo; yo lo que adora ella lo adoro el doble. No discutimos nunca, y eso que tenemos opiniones distintas. Me siento muy feliz de no tener que hablar demasiado, ya que las impresiones me abruman de manera constante. Ella no solo lo intuye, sino que lo sabe. Tiene el valor y la generosidad de dejar estar, si se da el caso, un giro delicado de la conversación, para no cansarme; es más, alguna que otra vez incluso se ha tragado una frase ya empezada al ver que me excitaba y empezaba a darle vueltas a la cabeza. ¡Qué mujer tan maravillosa y valiente! Reina entre los dos una compenetración, una consonancia, que se debe mucho más a ella, siempre pendiente y en extremo cuidadosa con todo, que a mí, que me muestro vehemente a menudo.

Con todo lo que me gusta el gris, también es cierto que me cautivan los paisajes soleados. El sol siempre me esfuerzo en pintarlo de la manera más fría posible: dulce, lánguido, pero frío. Eso le confiere un toque mágico, de sol de verdad. No hay nada más adorable que los árboles atravesados, estremecidos, suavemente sacudidos por el sol, sobre todo, los castaños. ¡Ay, cómo adoro los árboles así! ¡Cómo adoro el sol, por lo dulce, lo lánguido y lo divino que es! He pintado un molino junto al río; me costó mucho, es una de mis obras más logradas. Tengo empezadas unas ruinas, ¡qué magnífico motivo! Unos motivos llaman enseguida a otros motivos, y, con lo despacio que pinto, a menudo me resulta espantoso. ¿Por qué se mata a trabajar así un pintor? ¿Es una fijación, una locura? En verdad que no lo sé. Pero ahora, antes que todas esas otras cosas, tengo que pintar a la condesa, y esto sí que me crea un gran desasosiego. ¿Acaso dudo de mi maestría? ¡En absoluto! Sin embargo, su retrato, el retrato de una mujer que..., en fin..., ¡que uno medio ama...! Además, es uno de mis primeros cuadros de personas. Con los cuadros de paisajes siempre me he sentido más

confiado, tal vez porque también sentía que me salen mejor. En fin, ha llegado el momento de intentarlo; ya no soporto más esta incertidumbre espantosa. Lo importante es no tener miedo. ¿Qué tiene de especial esta tarea? La condesa permanecerá sentada como una niña con un libro de estampas en el regazo, y yo, pues me pondré a pintar. ¡Y saldrá bien! ¡¿Por qué razón iba yo a temer?! La pintaré de una forma bella, más bella y más minuciosa que todos los paisajes juntos. Las ganas que tengo ya de pintar, por ejemplo, sus manos. ¡Sus manos! Con la sola idea me invade ya una ilusión que me hace temblar, estremecerme. Sus manos, esas manos que son la expresión de su noble bondad, tan alargadas que los dedos al final se separan con un aire infantil, tan distintas de las del resto de las mujeres. En suma, sabré cómo pintarla. ¡Odio figurarme y comentar por anticipado lo que saldrá! ¡Que te llegue la experiencia de una vez, muchacho, si de verdad eres un muchacho inspirado! Esto me ayuda. A veces me tengo que burlar de mí mismo a conciencia para espabilarme. Antes de cenar, aún me doy un paseo rápido por la montaña. Me sienta bien. Sin embargo, mientras camino, tengo la sensación de no ser ya el de antes, de ser otro muy distinto. ¿Qué me pasa? ¡Nada más que puras tonterías! ¡Ah, cómo me hablan los abetos! ¡Ah, los dulces abetos! Ora bajo los pálidos rayos del sol, ya desdibujados, ora bajo la niebla, ora como más profundos y conmovedores son: cuando no los impregnan ni el sol ni la oscuridad, sino que tan solo son abetos que no arrojan sombra. Recojo algunas flores bonitas, las ato en un ramillete, me apresuro a bajar de nuevo hacia la casa. La condesa adora las flores, adora recibirlas de mis manos. ¿Por qué no iba a tener ese detalle con ella? Me encanta aprovechar la ocasión de mostrarme encantador con ella. ¿Acaso no le estoy agradecido? Me tengo que reír.

De un lado, el objeto indiferente, inmóvil, sea la naturaleza o una persona o algo imaginado; del otro, los colores revueltos; entre ambos, la mano que tiembla, que toma las riendas, que ya no se puede domeñar, el ojo que está ansioso, que se modera, que hace el gran esfuerzo de contenerse: este es una y otra vez el sino del pintor. Una lucha que resurge cada vez. He pintado el retrato de la condesa y, por lo que

parece, es un cuadro logrado. Estoy muerto de cansancio, como un perro apaleado, y no me extraña. El cuadro me ha salido en un tiempo cortísimo (es increíble). Me lo he arrancado más que pintarlo. ¡Qué espíritu satánico se habrá adueñado de mí! Pero ahora estoy agotado. Mi cerebro sigue pintando, ¡qué estado más terrible! La noche entera, en sueños, unos sueños desafortunados terribles, sigo pintando. Esta noche ni siquiera me acostaré. ¡Beberé! ¡Basta! ¡Ay, la condesa, qué mujer tan maravillosa! No se cansó de posar. De la mañana a la noche. La he pintado en una postura medio sentada, medio acostada, con la ropa con que más me gusta verla. Por supuesto, dejé que esto lo eligiera ella a su gusto, si bien tuvo el buen gusto de acogerse de manera inconsciente al mío. De gris, que tanto favorece al cuerpo femenino, y con algo de un marrón tirando a ocre que es un color que amo con todo mi ser. Ella ha estado todo el tiempo fría e inmóvil, con los ojos quietos. Me he dado perfecta cuenta de que ya ha posado en algún taller más. Yo me he dedicado a pintar como un pobre mortal que presencia el milagro. Luego, para suerte mía, también me he vuelto frío, y así, como suele decirse, «me ha salido». Luego, al llegar a sus ojos, desesperadamente fríos, de nuevo he vuelto a pintar como un descosido. Y es que... ¡qué ojos! Las manos han sido fáciles, y son lo mejor del cuadro. Las manos se me dan bien, porque me sé más que de memoria las mías. En el fondo, una mano se parece a grandes rasgos a otra, por más que luego se destaque también lo particular, lo característico. Bajo sus encantadores piecitos había una alfombra de un gris azulado. Una alfombra gruesa y mullida de un solo color. Compone muy bien en el cuadro. Los ojos del retrato todavía no están terminados, y se van a quedar así. No sabría hacerlos mejor. La condesa estuvo largo rato de pie frente al cuadro terminado, sin decir nada; tan solo al final me tendió la mano, muda y conmovida. Lo está de verdad, según me ha dicho mucho después. Ahora suele pasar mucho tiempo ante su cuadro, contemplándolo como algo extraño, algo que no le provoca emoción alguna. Sé que ahí ya solo lo contempla como obra de arte. Con que esta mujer posea semejante grandeza me considero pagado por mis esfuerzos. El ramo de flores del cuadro hizo que se le saltaran las lágrimas. Es un ramo de lo más corriente, y también está pintado de la manera más corriente. Sin embargo, es justo ese detalle el que ha logrado conmovérla así. Al

cuadro no hay pero que ponerle, como no fuera ser obra de otro, mejor pintor de lo que soy yo.

Ayer llegó a la villa un poeta enfermo. Parece haber conocido todos los vicios, aunque al mismo tiempo es inocente como un niño. Sus poemas son célebres en el mundo entero, y él, por otra parte, está desahuciado. ¡Curioso, terrible destino! La condesa, que es ferviente admiradora y amante de sus versos, lo ha invitado a venir a su casa para que al menos tenga donde morir con dignidad y en paz. Sus poemas, que son realmente magníficos, ofrecen la reproducción más exacta, fina y precisa de la vida. De la bulliciosa vida de ahí fuera y de la vida silenciosa, suspirante del alma. ¿Puede un poeta ofrecer nada mejor? Es muy joven aún, el pobre, malogrado muchacho. ¡El cariño que le tengo a ese joven rubio, cándido, soñador! ¡Qué ojos brillantes tan maravillosos tiene! Es un poeta hasta la médula, un poeta absoluto, bello y repelente a la vez. ¡Pobre muchacho! Aquí goza de absoluta libertad de movimiento. No se le priva de ninguna bebida. ¿Por qué hacerle más difícil la muerte, cosa que sin duda le espera, y amargarle los últimos placeres inocentes? En este sentido, la condesa es la filántropa más noble e incondicional. Cuando está ebrio, se pone a bailar. Entonces mueve su cuerpo tullido con una energía fascinante. Sus movimientos encierran una gracia muy extraña, como muy pensada. Sus giros y reverencias parecen versos armoniosos. ¡Solo un poeta baila de esa manera! Brazos, manos y pies hacen surgir una música que no se escucha en parte alguna con los oídos, sino que más bien se ve con los ojos. La interrupción de su danza duele, pues entonces vuelves a encontrarte con el enfermo deformado. Cuando danza, eso se olvida por completo. ¡Hasta qué punto la belleza ennoblece el movimiento, y el movimiento, al ser humano! También la condesa estuvo contemplando el peculiar espectáculo y se sintió profundamente conmovida. Eso fue ayer, hacia la medianoche. El poeta llegó por la mañana y, ya esa misma noche, nos dejó ver lo más profundo de su alma: ¡así de transparentes y bellos son los poetas! Ahora mismo, mientras escribo esto, está a mi lado asomado a la ventana: mirando la lluvia, el paisaje que se extiende en anchuroso valle, los pinos y la delgada niebla que flota con un suave rumor. Así mira y

mira. Le debe de gustar el espectáculo mudo, taciturno, del exterior. Tal vez incluso le inspira cierto consuelo, moribundo como está. El sol y el chisporroteo de los colores a lo mejor solo le ponían triste. ¡A lo mejor todavía escribe algo estando aquí! Lo voy a pintar. Lo voy a pintar tal y como está ahora, justo en esa postura casual, así, asomado a la ventana. Tendré ocasión de que se asomen los abetos a la habitación. Él se asomará por la ventana y los abetos se asomarán al interior. Voy a empezar el cuadro ahora mismo, para que no me lo robe la impresión de ninguna otra cosa.

El retrato del poeta está terminado, y estoy plenamente convencido de que es mi mejor obra. En ninguno de mis otros cuadros se percibe la naturaleza de una forma tan inmediata. Y eso que lo he pintado todo de memoria (solo para los rasgos de la cara le pedí al poeta que posara para algunos bocetos). Aquí lo compruebo con entera claridad: mi imaginación no es otra cosa que la fidelísima subordinada que replica la naturaleza sin más, ¡es la naturaleza misma! Mi sentido de los colores escoge con igual espontaneidad que la propia naturaleza. No me extraña nada; pues quien, como yo, no se fija en nada más que en ella... En fin, tenía que salir así, no podía haber sido de otra manera. Ahora sí que estoy seguro de mí mismo, de mi gusto y de mi talento en general. La palidez enfermiza del rostro del pintor me ha brindado la oportunidad de utilizar mis colores preferidos, con los que tan a gusto me siento. El uso que he hecho de ellos ha sido muy sencillo; los he tratado con orgullo y frialdad. Qué contradicción: estar enamorado, encandilado con algo y, sin embargo, tener que mostrar frío rechazo. Haber aprendido ese arte: en eso consiste todo el misterio de la pintura. Dando por hechos gran talento, don innato y gusto educado, claro. Amar ese color con toda tu alma, con fervor, y aun así albergar el deseo de tratarlo con el menor afecto y la menor confianza posibles. Porque ¡los colores te asaltan! Y es esencial haber aprendido a rechazar con frialdad y sin misericordia alguna esos asaltos de la ternura, que puede resultar funesta para el cuadro. Y, al mismo tiempo, en el mismo instante, vibrar ante la ternura de lo tierno, alegrarse *ad infinitum* de poderlo emplear, de poder hacer uso de ello... es hacer equilibristismo con los sentimientos,